

Notas sobre un tema que insiste: La identidad cultural
(Primera parte)
Los hijos de la furia

Mario C. Casalla

*Para mi hija María del Milagro,
que inicia el camino de la filosofía.*

Sobre algunos temas es imposible (e injusto) empezar a hablar sin aclaraciones previas. No por la ilusión de eliminar a priori todo malentendido –vana ilusión que choca contra la esencia misma de la *lectura*– sino, al menos, para poder señalar que “de eso no se trata”. El tema de la *identidad* es uno de ellos, y mucho más si se da en el registro peculiar de la filosofía.

A la ambigüedad misma del concepto, se le agregan los muchos equívocos que históricamente ha convocado y convoca a su alrededor. A esta altura de esa historia y en medio del aire enrarecido de fin de siglo, ya sabemos cuántos pecados y crímenes se han convertido en su nombre: potenciando desmesuradamente identidades, atacando salvajemente identidades. Ignorando en ambos casos *al otro*; inflacionando al propio yo y deflacionando el del prójimo. Viejas jugarretas que –aun deconstruidas– no por eso recuperan la inocencia.

Por cierto, *no es este tipo de discurso sobre la identidad el que ensayamos aquí*. No se trata ni de églogas “nacionalistas”; ni de muy ilustradas y “progresistas” versiones del viejo clásico “civilización y barbarie” (¡cantera inagotable de malos entendidos!); ni tampoco de recorrer la historia con un dedo supuestamente justiciero ¿quién puede en ella arrojar la primera piedra?

No se trata de nada de esto, ni de ninguna de sus variaciones más o menos ingeniosas. Tampoco de indigenismos, hispanismos, americanismos, o algún otro “ismo” que se lo imagine asociado.

Y sin embargo, a pesar de todos estos equívocos, es imperioso volver a hablar de la *identidad*, replantearse sus múltiples sentidos contemporáneos y llevar esa discusión (ontológica) al terreno de la *cultura* (histórico). En un momento de creciente “globalidad” –como el actual– el tema de la *identidad cultural* adquiere nuevas urgencias y significaciones; paradójicamente, una mayor *mundialización* de nuestras vidas requerirá más –y no menos– dosis de auténtica identidad personal y cultural. A no ser que confundamos esa mundialización, con la extensión monótona y uniforme de un *discurso único* que todo lo penetra, al mismo tiempo que lo esteriliza.

En este último caso, la “globalización” sí habrá ocluido las posibilidades de una auténtica cultura *mundial* y del *pensamiento planetario* que le es indispensable para respirar y crecer en libertad. Porque así como el “globo terráqueo” (concepto esencialmente geográfico) no puede ser confundido con lo que la expresión *mundo* nombra –bien lo sabemos desde la misma Grecia–, tampoco debemos confundir la posibilidad cierta de una convivencia (por *fin*) *planetaria*, con la burda globalización del *presente*, elevado a los altares de única realidad posible y deseable.

La transformación de ese impulso “globalizador” en auténtico mundo es tarea todavía pendiente y en la discusión de esa posibilidad tiene mucho que decir un debate renovado sobre la identidad cultural. Claro está, sólo si a su vez somos capaces de pensar esa identidad en términos de cultura (y convivencia) planetaria, más allá de los estrechos márgenes del tradicionalismo y la arqueología hasta aquí vigentes. Aunque, como en toda posibilidad histórica, lo contrario también es un peligro latente.

Lo que sigue apunta en esta dirección *planetaria* y busca, en consecuencia, ir más allá de la mera figura “globalizadora”.

1. Las huellas de la memoria

No plantearemos sin embargo aquí una discusión teórica sobre el tema de la identidad cultural, sino que preferimos en este caso abrirnos a una experiencia práctica sobre la misma¹. En efecto, lo que aquí nos interesa es investigar la constitución de las *huellas de nuestra memoria* (hispanoamericana y argentina) con vistas a ir delucidando –más y lenta y progresivamente luego– el lugar de nuestra cultura como parte inescindible de aquel *juego planetario*.

Sin embargo, ninguna *lectura* está exenta de un “desde dónde” lo que adviene es constituido en “texto” e *interpretado* de tal o cual manera. Por esto en aras de su *rigurosidad* –diferente por cierto de la “objetividad” neopositivista o cientificista– apuntamos aquí preliminarmente algunas improntas teóricas presentes en esta lectura. Las cuales, a su vez, funcionaron más como *incitación* que como escuela o dogma a seguir.

En primer lugar, resulta incitante volver sobre el Derrida de la *Grammatologie* (1967) y hurgar allí en aquella noción de “escritura prelitera”, como un rico intento de pensar al lenguaje más allá del “logocentrismo” (primacía de la razón) y del “etnocentrismo” (primacía del sujeto). Esto permite referirse a la escritura “en sentido amplio”, esa escritura todavía no aprisionada por los *logos* (a su vez empobrecido, raitio) y por tanto devenida «literatura», maniatada al “modelo fonético”, circumscripta al “lenguaje” y estudiada por la “lingüística”.

Por el contrario, esta *escritura en sentido amplio* –y aquí suena Heidegger en plenitud– está vuelta hacia el campo previo y abierto del *Habla* (*Sprache*) que –sólo después y nunca del todo– se vuelve “lenguaje” y “literatura”. Pensando en que “el lenguaje Habla” –y en varias otras cosas– surgieron preguntas del tipo: ¿y cómo es la “escritura argentina” (e hispanoamericana)?; ¿en qué registro inicial se inscribe su “literatura”?; ¿qué es lo que propiamente *Habla* en un habla “argentina” (plateada, platinada)?; ¿cómo se fue urdiendo ese *texto* que todavía no es «literatura» y luego, sin embargo, las soportará (conflictivamente) a todas?;

¿y qué importancia tiene esto hoy, cuando las borraduras de las *diferencias* nos amenazan casi sin piedad y cuando el *recuerdo* ha dejado de tener buena prensa?²

Pero, como decíamos, esta noción de escritura prelitera se encuentra íntimamente vinculada en Derrida con lo que denomina –en clave freudiana– como “*pensamiento de la huella*”. Un pensamiento que –partiendo de esa noción amplia de escritura– busca “desenganchar” al sujeto del “logos” (de la significación en cadena) e ir a los *intersticios*: allí “donde el *Ello* sueña”, al “habla de la presencia *rechazada en la escritura*”.

¿Y cómo no recordar aquí y entonces, aquella incitante noción freudiana de “*huella mnémica*” (*erinnerungsspur* ó *erinnerungsrest*)? Esta designa la forma en que los acontecimientos se inscriben en la *memoria* y ese doble movimiento de *persistir* firmemente en los tres sistemas de la tópica (yo/superyó/ello), al mismo tiempo que *reactivarse* al ser “catectizadas” (cargadas de energía, en el *presente*). ¿Asimismo, cómo no poner este concepto freudiano en diálogo directo con la noción heideggeriana del ser como *Ereignis* (*acontecimiento*) y con la categoría jungiana de “*arquetipo*”, pasando así de lo individual a lo cultural, con un marco ontológico renovado en el medio?

Finalmente, ¿Cómo resistir la tentación de conectar esta proposición derrideana de un “pensamiento de la huella” –eso que él mismo denomina “aventura seminal”– con lo que nuestro Rodolfo Kusch llamara *pensamiento seminal* y con las investigaciones actuales del español Manuel Reyes Mate en torno de una *razón anamnética*, de una *razón de los vencidos*, capaz de recuperarse del olvido e interpelar *éticamente* a la lógica totalizante de la modernidad?³

Con estas incitaciones en la espalda –a las que debe agregarse nuestra peculiar obstinación por lo *universal situado*–, ¿cómo evitar preguntarse por las *huellas*, fuertes y débiles, de una *memoria argentada* (“argentina”, es decir de *plata*); por la peculiaridad cultural de una región bautizada a partir de *esa falta*

y constituida en torno de un enorme *malentendido*: el del “oro blanco” y su fiel compañero “El dorado”?; ¿cómo evitar el *deseo* (como tal, incolmable y por suerte incompleto), de volver a *catectizarlas* y escuchar qué nos dicen hoy, por sobre la montaña de “literatura” e “historia” que –metáforas y metonimias, mediante– la sustituyen, al mismo tiempo que la desplazan.

Acaso convenga empezar por *escuchar* a los hijos de la furia. El texto que nos convoca empezó a *escribirse* con su salto a través de la Mar Tenebrosa.

2. Los hijos de la furia

Vinieron de la Costa de la Luz, ese balcón atlántico que se extiende desde la desembocadura del Guadiana hasta la punta de Tarifa. El estrecho de Gibraltar (“las columnas de Hércules”, de las que hablaba Platón en el *Timeo*), la separa de su homóloga del Sol. Detrás del Guadiana está Portugal y su atenta melancolía y delante de Tarifa—donde el aire del Mediterráneo choca con el del Atlántico— la costa africana, casi al alcance de la mano.

De allí vinieron, de la luz y del sol. Del aire marinero que todo lo inquieta y lo presiente. Desde allí, aquellos hijos de la furia saltaron hacia (sobre) nosotros, quienes también desde este Sur Tenebroso los presentíamos de algún modo.

Tanto es así que al principio nos creímos viejos conocidos: ellos imaginaron haber llegado al Edén, nosotros los confundimos con los dioses que regresaban. Duró poco, es cierto. Después la historia es más conocida, aunque los relatos se entrecrucen y desfiguren mutuamente, con una pasión para la que quinientos años no es nada. No se calman las furias con cuentas de colores, o libros de historia más o menos académicos y “objetivos”. Tampoco decretando oficialmente que se trató de un *Encuentro*, como si aquello hubiese sido una justa deportiva, o un té de caballeros a las cinco de la tarde.

¡Qué va! Ni ellos eran señoritas de colegio en viaje de fin de curso; ni nosotros niños de pecho en busca de una madre. Aquello no fue un “encuentro”, sino un feroz topetazo que *cambió la historia universal* y, junto con ella, la de cada uno de nosotros. Más precisamente aún: creo lo *universal*, como algo más que una disputa de términos entre nominalistas y realistas. Después de ese salto, nadie pudo seguir siendo lo que era; en realidad, es allí donde nació lo que hoy terminamos siendo: habitantes de la nave espacial Tierra; provincia de un universo del que seguimos sabiendo demasiado poco, nuevo “mar tenebroso” que –al igual que a ellos– nos asusta al mismo tiempo que nos desafía⁴.

De allí vinieron. Trescientos kilómetros de mar y luz, adonde van a dar ríos como el Guadalquivir “de las estrellas” –con el que Lorca viviera su romance eterno–, en cuya exacta desembocadura San Lúcar de Barrameda fue punto de apoyo para el fantástico salto; o el Tinto, en cuyo amplio estuario el Puerto de Palos de la Frontera los vio salir por primera vez el 3 de agosto de 1492, sin saber si volverían. También de Cádiz, sucesivamente fenicia, romana y árabe y luego heredera del esplendor de Sevilla para el trato americano. O de Moguer, siglos antes de que Juan Ramón Jiménez cantara en esas mismas calles a esa luz que deslumbra sin llegar a cegar. Desde estos puntos fueron disparados a la Mar Océano.

Los principales eran extremeños, pero muchos venían de toda España atraídos por el imán de esa tierra recién reconquistada al moro, en cuyo centro Sevilla se alzaba orgullosa como la ciudad más grande de la Península⁵. Forjados en siete siglos de guerra contra el árabe, eso era precisamente lo que sabían hacer mejor: pelear, conquistar, matar o morir, con la convicción del poseído y la feroz absolución que da el saberse poseedores de *la Verdad* (una, única y universal). Dios estaba de su lado y lo que más deseaban en este mundo era la *conquista*, no el encuentro o la persuasión intelectual. Cuando uno tiene a Dios de su lado, las palabras sobran.

Lo acababan de demostrar en Granada (1492), donde entraron matando musulmanes, siguieron con la deportación de judíos (unos ciento cincuenta mil)

y no cesaron hasta expulsar en masa a todos los antiguos habitantes de la vega granadina (1567); incluidos los *mudéjares españoles* (musulmanes tolerados) y la mayoría de los *moriscos*, para que no queden dudas ni rastros. Sólo permanecieron “cristianos de ley” y unos cuarenta mil *marranos* (judíos conversos), tolerados por necesidades más económicas que otras.

Eso sí, unos y otros vigilados por el Santo Oficio o Tribunal de la Inquisición, cuyos ojos velaban –al mismo tiempo– por la rectitud de los primeros y la sinceridad de los segundos. No señor, no eran precisamente hombres *light* aquellos españoles, ni tenían tiempo que perder en “encuentros”. Sonoras hubiesen sido sus carcajadas, o inacabables sus maldiciones, si en 1992 hubiesen recibido el boleto para ingresar en la Expo-Sevilla, esa especie de Disneylandia del subdesarrollo donde –entre puestos de hamburguesas y recuerdos “típicos”– todos nos sentíamos incómodos.

Eran antes que nada *guerreros*. Hombres con una misión irrenunciable: lavar hasta el final la *mancha* del rey Rodrigo –vencido por el infiel en una sola batalla (Guadalete, en el 711)–; y el posterior paseo musulmán por todo su territorio, quienes en apenas dos años, con una pequeña minoría de veinte mil guerreros bien provistos y mejor montados, se adueñaron sin mayores problemas de una población estimada entre ocho y nueve millones de habitantes. Se repartieron a gusto la tierra visigoda y, si fueron detenidos en su marcha hacia el norte europeo, esto se debió más a la heroicidad de Carlos Martel y sus francos en Poitiers (732), que a la resistencia ibérica. Es que aquel reino visigodo estaba podrido por dentro, no había arraigado tampoco en el pueblo (a pesar de haber aceptado su catolicismo y abandonado el aristocrático arrianismo) y las luchas señoriles intestinas lo transformaron en un castillo de naipes. El soplo del moro Tarik, bien podría haber sido el del franco Martel, o el de su nieto Carlomagno.

Por eso, cuando pudieron responder fueron crecientemente *feroces* y *empecinados*. Bajaron desde las montañas asturianas con las huestes de Pelayo (Covadonga, en 713) y terminaron con la entrada triunfal de los Reyes Católicos

en Granada (1492), poniendo así punto final a siete siglos que reputaron tanto un deshonor como un desafío. Y bien sabemos lo que era el *honor* para aquellos españoles; podía más que la vida y la hacienda y a la hora de su defensa igualaba a nobles y plebeyos⁶. Cuando, ya en este siglo, Miguel Hernández todavía se siente arrastrado por *Viento del pueblo* (1937), los describirá magistralmente: "Asturianos de braveza,/ vascos de piedra blindada,/ valencianos de alegría/ y castellanos de alma,/ labrados como la tierra/ y airosos como las alas;/ andaluces de relámpagos,/ nacidos entre guitarras/ y forjados en los yunques/ torrenciales de las lágrimas;/ extremeños de centeno,/ gallegos de lluvia y calma,/ catalanes de firmeza,/ aragoneses de casta,/ murcianos de dinamita/ frutalmente propagada,/ leoneses, navarros, dueños/ del hambre, el sudor y el hacha,/ reyes de la minería,/ señores de la labranza,/ hombres que entre las raíces,/ como raíces gallardas,/ vais de la vida a la muerte,/ vais de la nada a la nada..."

Católicos hasta el fanatismo y la herejía, no le pagaron por cierto al musulmán con la misma moneda. Si aquéllos –una vez asentados– se dedicaron a florecer y gozar de la vida, tolerando que el dominado cristiano y judío siguieran hablando y rezando en lengua "grosera" derivada del bajo latín –mientras pagaran sus impuestos y soportaran la durísima *corvea* árabiga, el arrendamiento fijo de la tierra– aquellos españoles jamás creyeron que la cruz pudiera compartirse con la media luna. Es que el catolicismo para ellos era algo más que una religión, era una forma de *identidad cultural y nacional*, la única que les permitiría rehacerse de su derrota militar y hasta trocarla en victoria. De allí en más *católico* y *español* se conjugarán como sinónimos, por eso no se trataba de convertir al musulmán (extranjero, invasor), ni de convivir con él, sino lisa y llanamente de conquistarlo o expulsarlo. Ese catolicismo es a un tiempo religión y nacionalidad; no admitirá medias tintas de ninguna naturaleza y ya se enterará la propia Roma, cuando de defender intereses de la Corona se trate⁷.

Si el fanatismo musulmán alcanzaba su límite ante quien reconocía como otro "*pueblo de la Escritura*" y que –errado a su entender– habían o obstante recibido la revelación de un Dios Único, su antípoda ni por asomo pensaba lo mismo.

Por eso ni siete siglos le alcanzaron a los árabes para esperar la voluntaria conversión a la “religión verdadera”. Ningún español se hizo en el fondo musulmán, algunos a lo más adoptaron fachada *mozárabe*, pero sin pasar de la vestimenta; unos pocos –en las ciudades– se mestizaron (*muladíes*), o convirtieron (*maulas*), adoptando la religión del extranjero y hablando en *algarabía*, un dialecto entre árabe y grosero. En el campo y en las montañas fueron cada día más y más católicos. Y de allí bajo la *furia* imparable.

Quinientos años hasta la toma de Sevilla por Fernando el Santo (1248). Siglos de *cabdillos* al frente de sus *huestes*, hasta arrinconar al infiel en Granada. Luego dos siglos más para conquistar ese último reducto –a sólo pocos kilómetros de aquella– y finalmente, entrada triunfante en el Califato de los *Reyes Católicos*, el mismo año en que empieza otra historia, la común.

Pero se equivocaría quien piense que esa furia que llega a las orillas del Atlántico en 1492 (al misterioso “Mar Tenebroso”), era fuerza bruta o sin cabeza. Al calor de esa reconquista España había forjado su propia unidad nacional (coronada en 1469 con el casamiento en Valladolid de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón) y, a punto de saltar mar abajo, era la nación rectora de Europa. No sólo por ser la primera en alcanzar su unidad política –mientras las otrora grandes se debatían en guerras y luchas intestinas–, sino porque también era un español el que ocupaba el trono romano con el nombre de Alejandro VI (en realidad, el valenciano Rodrigo de Borja, al que los italianos llamaban *Borgia*); mientras otro español Fernando de Nápoles –pariente próximo del rey aragonés– regía la monarquía del sur de Italia apoyado por las armas españolas.

Y tanta astucia política se sostenía en el mejor ejército del mundo. Pronto lo conocería tanto Europa como el presentido “Nuevo Mundo”. Contra su infantería de arcabuceros y piqueros –reclutada entre las clases populares– se estrellarían las cargas de las caballerías señoriales, así como los mercenarios de a pie y caballo. Es que se trataba ya de tropas nacionales y veteranas –reclutadas y adiestradas por oficiales del rey– y no mesnadas de “caudillos”, milicias ciudadanas, o “compañías blancas” que luchaban por la paga. La carta de Bayardo

al rey de Francia, después de toparse por primera vez con guerreros de ese fuste, los pinta de cuerpo entero: "Ayer vencimos a cuatro españoles en un torreón. No quisieron rendirse; les habíamos cortado las manos y los pies, y no nos podíamos acercar porque *mordían*".

Y a ese ejército exterior, hay que agregarle las cuadrillas de la *Santa Hermandad*. Otra tropa veterana –originariamente perteneciente a las ciudades de Castilla la Nueva– que los Reyes Católicos transformaron en policía real de caminos y campos, quienes recorrían toda la campaña y hacían justicia sumaria. En esa campaña vivía el ochenta por ciento de la población española, ahora con una relativa paz y seguridad.

La enorme cultura árabe la había indudablemente enriquecido y a través de ella nació en Europa –vía España– la tradición universitaria. Su primera universidad fue la de Palencia (fundada antes del 1200 por Alfonso IX y refundida luego con la de Salamanca) y, al momento de la reconquista de Granada y el inicio de la conquista americana, tenía España un total de once universidades.

La furia, el poder y el saber habían madurado juntas. Estaba lista para el gran salto.

3. La posibilidad técnica para el salto globalizador

No habían sido hasta aquí grandes navegantes ni muy caminadores. Estaban demasiado ocupados en su cuadrilátero peninsular como para mirar fuera de él. Pero allí mismo amasaron y precipitaron la furia y el poder que les permitió hacer lo que nadie. En esto lo científico-tecnológico jugó un papel decisivo; posibilitó que pudiera intentarse lo tantas veces fantaseado y oscuramente presentado.

Esa *incitación* la despertaba el Atlántico –el Mar Tenebroso, la Mar Océano– que acosaba precisamente la Costa de la Luz. No el Mediterráneo, ese lago inmenso de oleajes suaves al que por siglos bastó el remo para navegarlo.

Fueron necesarias varias cosas juntas para correr el horizonte, para romperlo si fuese necesario. En primer lugar, el *timón o gubernalle* (siglo XIII) que sustituyó a las “espadillas” (remos laterales que orientaban la nave) y le permitirían a las velas tomar el viento a 120°. Con lo cual, al sacar las filas de remeros, se liberó capacidad de la embarcación y con esto la posibilidad de abastecerlas para navegaciones más largas. Hasta allí no se pasaba usualmente del estrecho de Gibraltar.

Junto a esto la evolución en el arte de la *vela*, que a las clásicas “cuadras” (para el viento de popa, ya usadas desde los fenicios), agrega las “latinas” (que, capaces de girar entre los 90° y 120°, toman los difíciles vientos de “bolina” y “a fil de roda”).

Esta evolución de la vela, culmina con una invención típicamente ibérica: la *carabela*, es decir la *vela que gira*. Nacida en las costas bravas del Cantábrico, combina velas cuadras y latinas y por su elevación en proa y popa permite “tomar” o “correr el tiempo”, aún en medio de difíciles tempestades. Sin remeros, entre cien y doscientas toneladas de desplazamiento, a estas naves sí podía abastecerse para largas navegaciones.

La “Santa María” del primer viaje de Colón era un típico producto de la ingeniosidad marinera del Cantábrico. Popularmente la llamaban “la Gallega” –por haber sido construida en Pontevedra–, aunque su propietario original (Juan de la Cosa) la había bautizado *María Galante*. Al parecer por consejo de Colón, se la llamó *Santa María*, nombre más acorde a los sensibilizados oídos reales (¡aunque ese primer viaje no llevara ningún sacerdote!).

Sin embargo, no bastaban timón y velas nuevas. Se requerirían otros instrumentos de precisión. En primer lugar la adaptación de la *brújula* para la navegación: colocando una aguja imantada sobre otra y el conjunto dentro de una *bussola* (cajita), posible de portar en el buque. Al parecer el invento fue árabe y en consecuencia los españoles lo tuvieron muy a la mano, o bien les vino de Amalfi (Italia, siglo X) atribuyéndoselo en este caso a un simple marinero.

En segundo lugar, la aplicación del *astrolabio* (compás) –o de su modificación, la *ballestilla*– para corregir las derivas de la embarcación por vientos y comentadas. Finalmente la *barquilla* (a fines del siglo XV), precursora de la “corredera” y sucesora de la “estima” del recorrido, que mide la velocidad de la nave por los *nudos* que quedan visibles de una cuerda mantenida a pique.

A este nuevo instrumental se le agregarán dos importantísimos registros documentales, ambos comenzados a usar en el siglo XIV. Las *Tablas de Declinación Solar* –que consignaban la distancia del Sol al Ecuador en las distintas latitudes y épocas del año– y las *Canas de Marear* (o *portulanos*), donde estaban dibujadas las costas y señaladas las distancias.

¡Por buenas tablas y portulanos se ponían en juego vidas, honras, fortunas y reinos! Los españoles del siglo XV ya tenían a su disposición las muy correctas Tablas de Abraham Zacuto (profesor de Astronomía en Salamanca); y ¿qué era Colón sino un comerciante de Portulanos, residente en Lisboa, utilizando el muy buen material reunido por su suegro (Bartolomé Perestrello, genovés al servicio de Portugal)? No era marino de profesión, ni había navegado demasiado como pasajero en su vida, ni hay constancia alguna de que alguna vez haya sido capitán o piloto de algún navío. Por lo que se sabe, desde que se estableció como comerciante en Lisboa no volvió a pisar un barco y cuando tuvo que ir de allí al puerto de Palos (1485), prefirió hacerlo a pie. Lo cual no lo desmerece en absoluto sino que, antes bien, resalta la necesaria complementariedad de *técnica y ciencia* que ya requería la navegación moderna.

Navegar ya no es cosa de los viejos “prácticos”, en los que se apreciaba su “instinto marino”. Esto sólo no basta, al puro arte hay que agregarle ahora ciencia y técnica. Y esa nueva figura es el “*piloto de altura*”, en quien se juntan aquellas virtudes marineras básicas, junto a la capacidad de manejar instrumentales y descifrar tablas y portulanos.

Hombres de esta nueva clase de “marinos científicos”, eran los cultos hermanos Pinzón del Puerto de Palos de la Frontera y a ellos debe recurrir

–llegada la hora clave– el flamante *Almirante de la Mar Océano*. A la tripulación experta la apalabra con mucha reserva –por temor a los portugueses– Martín Alonso en aquel puerto; él mismo comandará la *Pinta* y su hermano Vicente Yañez la *Niña*. Al lado del Almirante le pondrán como “maestre” (segundo) a Juan de la Cosa -el gallego propietario de la *Santa María*- y los respectivos “pilotos de altura” serán García Sarmiento, Pedro Alonso Niño y Ruiz de Gama⁸.

Más aún, cuando al Almirante se le subleva la tripulación de su carabela, cuando le flaquea el ánimo, cuando se le mezclan las teorías y papeles y sugiere volver (llevaban ya un mes de navegación), es Martín Alonso quien toma el peso de la aventura: porque, dice, “Armada que salió con mandato de tan Altos Príncipes, no había de volver atrás sin buenas nuevas”. Cambia el rumbo a este/sudeste (para evitar la corriente contraria del Golfo); amenaza con “ajusticiar a los sublevados” de la Santa María; toma la delantera de la flota con la *Pinta* y avista tierra a las dos de la mañana del día 12 de octubre de 1492. Además de la garra personal era también una victoria de la nueva ciencia marinera.

4. Oriente fascina y despierta a la ambición

Pero de nada hubiera servido esa furia española del siglo XV y la posibilidad técnica de canalizarla, si ambas no hubiesen tenido el acicate incesante de una *ambición* casi sin límites. Esta era el *pathos* de aquella voluntad de poder; la que en buena medida explica esa rara obstinación para la cual todo obstáculo es poco y siempre superable⁹.

Y el gran obstáculo, el gran accidente que se oponía a la vez que acicateaba esa ambición, era el Atlántico; lo que el *Mar Tenebroso* escondía como secreto: en principio, una ruta para llegar “a las Indias”; luego, lo que en sí mismo tenía o era. Es que el Oriente no era desconocido para aquel europeo, lo que atraía y al mismo tiempo asustaba era *Occidente*.

Oriente tampoco era el enigma. Desde la Antigüedad y hasta el siglo III Europa trataba con él: Alejandro Magno había llegado al río Indo y los emperadores de Roma continuaron ese comercio con la India y China. Entre los siglos III y VIII hay una pausa, pero se reanuda con la expansión islámica sobre Europa durante el VIII y IX. España es una prueba palpable de esto y tuvo ese Oriente “a domicilio”, fomentando su imaginación durante siete larguísimos siglos. Luego las Cruzadas del siglo XI reanudan el gran movimiento comercial a través del Mediterráneo, preponderantemente en embarcaciones venecianas y genovesas.

No, Oriente no era la novedad. Lo que sí Oriente fue, es la *fascinación*, que calentaba cabezas y alimentaba ilusiones. Ningún europeo cuerdo se planteaba *conquistar* Oriente, sino *llegar* a él, comerciar y traer sus riquezas libremente. Y los árabes eran especialistas en despertar aquellas fantasías: Badgad, la India y China (*Catay*) eran descriptos como lugares de fabulosas riquezas; y ni que hablar de *Trapobana* (Ceilán) y la fabulosa isla de *Cipango* (Japón), tras la cual marcharía el buen Almirante a su turno.

Además, ese mismo Oriente tenía un atractivo político adicional: vivían allí, al parecer, hombres y fuerzas que podrían ayudarla contra el asfixiante cerco musulmán. El siglo XIII generó dos fantasías muy populares: la del *Preste Juan de las Indias* y la esperanza de hacer alianza con el *Gran Kan de Tartaria* (el Gengis Kan). O sea Oriente era a un tiempo, la posibilidad de la riqueza y la de la ayuda militar contra “el turco”¹⁰.

Junto a esto, en ese mismo siglo, corren por Europa traducciones del *Secreto de los secretos* –obra harto fantasiosa sobre las maravillas de “las Indias”–; el *Mapamundi de Pedro* (1217) que menciona allí montañas de oro puro; una primera *Imagen del mundo* y el *Libro del Oro* del florentino Brunetto Latino, donde la India era descripta como el país del oro y las piedras preciosas, defendido por dragones y grifos. Y como si todo eso fuera poco: el *Millón o Libro de las Maravillas* (1295) de Marco Polo que calentará todas las cabezas –ya de por sí febriles– de los siglos XIV y XV.

La de nuestro Almirante, muy especialmente. El buen Cristóbal había leído toda esa literatura fantástica –más la *Imago Mundi* del cardenal d'Ailly aparecida alrededor de 1480– y su cabeza estaba a punto de caramelo. Como hombre culto conocía además a los clásicos, recurso que sabía utilizar con habilidad ante reyes y universitarios¹¹. Pero, por sobretodo, se sentía un *predestinado*.

Recuérdese también que –como todo cartógrafo de la época– cultivaba la Astrología y se ayudaba en sus ingresos confeccionando horóscopos. Que en el canto del coro de *Medea* había creído descifrar un presagio: “llegarán siglo venideros en que Océano aflojará sus ligaduras y ya no será Thule lo último de la Tierra”. Y que un versículo de Isaías terminaría por convencerlo: “palomas (en latín: *columba*) en tan arrebatado vuelo como cuando van a sus palomares; así los ya salvados arrojarán las saetas de su predicación en las islas más apartadas y traerán en retorno el oro y la plata”.

¿Qué más dudas cabían? Era él y no otro, el *Iluminado*, el elegido por Dios. De aquí que, en la carta de presentación a los Reyes Católicos, les diga sin sonrojarse: “He visto y estudiado en todos los libros de Cosmografía, Historia, Filosofía y demás Ciencias, *que Dios Nuestro Señor* me abrió el entendimiento con mano palpable para que *yo vaya*, de aquí a las Indias, y me puso gran voluntad en ejecutarlo”.

Y es precisamente esta “predestinación” la que potencia –y a la vez sublimiza– aquella *ambición* desenfrenada que hace del Almirante un prototipo de la época. Es ambicioso cuando se ofrece a Portugal, cuando lo hace a los reyes españoles, cuando está en viaje a “las Indias” y cuando llega a ellas.

A los portugueses les pide el título de “caballero de la espuela de oro”, la gracia de anteponer el *Don* a su nombre plebeyo y el cargo de “Almirante Mayor de la Mar Océana” y “Virrey y Gobernador Perpetuo” de las tierras que descubriese. Además –y sobretodo– el diez por ciento del oro, piedras preciosas o especiería que encontrase (¡“u otra cualquier cosa provechosa”!) y la sociedad al octavo de

toda empresa comercial futura en la ruta de Occidente. ¡Y todo esto, para él y sus descendientes!. La Junta portuguesa lo rechazó sin más trámites.

Con los Reyes Católicos aumentó la apuesta y tampoco pasó el examen de la Junta salmantina, quien aconseja su rechazo diciendo que *"todo es vanidad y locura"*. Si luego la corona aceptó es porque Fernando –como muchas otras veces– estaba dispuesto a regatear o directamente a no cumplir; porque Luis Santángel –el Escribano de la casa de Aragón– se ofreció a encontrar el dinero necesario y porque –junto al Tesorero, Gabriel Sánchez y al Camarero Real, Juan Cabrero– lo convencieron de que era bueno adelantarse a Portugal. O sea, porque su ambición encontró el límite *en otra más poderosa*. Por eso se firmaron las Capitulaciones del 17 de abril de 1492 y por eso mismo Colón y sus descendientes pasaron la vida pleiteando su cumplimiento. Un verdadero escrito en "tinta limón".

Y esa ambición daba también para minucias. Tal como arrebatarle al marinero Juan Rodríguez Bermejo (de Triana, Sevilla) el premio real por "cantar tierra" en el primer viaje (vigía de la Pinta), aquella madrugada del 12 de octubre de 1492. Colón arguye que él mismo –desde su recámara en la Santa María, que venía retrasada– ya había visto algo así "como una candelilla de lumbre que se alzaba y levantaba". Gesto simbólico que –combinando ambición con deslealtad– haría época entre los futuros visitantes.

En la *Isabela* –construida en el segundo viaje– pasada la fascinación inicial, la fama de "los Colones" será terrible y motivará la intervención directa de la corona mandante (Francisco de Bobadilla); amén de reiteradas y sangrientas sublevaciones de pobladores ("la gente") e indígenas.

Todo esto en el mismo año (1495) en que la primera palabra americana navega tímidamente hacia España y Elio Antonio de Nebrija la cobija en su *Vocabulario español-latino*: "*Canoa: Nave de un madero*"; dirá la tímida primera cita.

El camino estaba abierto. Furia, técnica y ambición acompañarán a los que sigan, y no precisamente con la timidez de la canoa.

5. Occidente despierta el afán de conquista

Occidente sí era lo *realmente otro* respecto de Europa. De él no se tenían noticias ciertas y el *temor* –no la fascinación– era lo que predominaba en los relatos fantásticos o mitológicos. De aquí que –vencido ese temor– lo que sigue es la *conquista* (y no el simple intercambio comercial, ni el pedido de ayuda, o el simbólico encuentro con lo fascinante). Con Occidente no habrá medias tintas y la *ambición* redoblará su apuesta.

Marchar a Occidente, implicaba dejar atrás “las columnas de Hércules” e internarse en la Mar Océano; en ese *Mar Tenebroso* lleno de extrañas islas que desaparecían a la vista de los navegantes y hogar de monstruos mitológicos capaces de tragar una flota completa.

Este y no otro era el feroz *Atlántico* que –desafiante y a la vez temido– bañaba las playas de la Costa de la Luz. Españoles y portugueses lo tenían más a la vista y a la mano que nadie¹². Aquí las leyendas respecto del Oriente se invierten: si allá había gente que podía ayudarlos (el Preste Juan o el Gran Kan), aquí había europeos aislados que clamaban *ayuda y rescate* (¡otro acicate más para *conquistarlo!*).

Se hablaba de un tal *Are Manson*, monje irlandés del siglo VI que habría llegado a una isla de hombres casi blancos (como los que Marco Polo decía habitaban Cipango). Desde el siglo XIII se consignaba en los mapas la isla de *San Brandán* (o San Borombón, o Borombón), que para los irlandeses era un misionero católico y para los portugueses un sacerdote suyo (Sao Brandão), quien se había atrevido a la Mar Tenebrosa y –luego de salvarse de una ballena gigante– terminó en esa isla. También se marcaba en los mapas la *isla de Antilia*, donde vivirían siete obispos cristianos escapados de los árabes; o la de *Brasil*, más al sur, reconocida por su extraña madera color de brasa ardiente.

Además, dando rienda suelta a la imaginería clásica –tan a la moda en esos años precursores del Renacimiento– se dibujaban también en la Mar Tenebrosa

las *Hespérides* (donde Hércules había ido a recoger las manzanas de oro); la *Atlántida* platónica, de extraña geografía y riquezas, y la enigmática *Thule*, de la que había hablado Ptolomeo. A esta última, se la hacía la más occidental de todas y también habitada por europeos sin contacto con los continentales¹³.

Por eso –vencidos los desafíos de Mar tenebroso– aquellos primeros españoles no dudaron de que lo que seguía no podía ser algo del orden de lo habitual: era el *Edén*, el Paraíso Terrenal; *otro Mundo*, fuera de éste. Y al principio eso guió la primera mirada.

El tercer viaje de Cristóbal Colón (1496) –buscando explorar el continente *Australis*, al que ya creía independiente de “las Indias”– es prueba explícita. Se topa con Sudamérica en la desembocadura del Orinoco –frente a las costas de la actual Venezuela– y los indicios lo abruman. Asombrado por el cielo y esa “Cruz del Sur” al final de la Vía Láctea, dirá más tarde en carta a los Reyes Católicos: “grandísimo mudamiento en el cielo y las estrellas ... *grandes indicios son éstos del Paraíso Terrenal*”.

Lector de Dante y cabeza inflamada de pasión y ambición: esas cuatro estrellas gigantes (“no vistas jamás desde la primera gente”) y situadas precisamente en “la vía del Polo”, ¿qué otra cosa podían indicar, sino el Purgatorio, en cuya cima el gran maestro ubicaba el Paraíso Terrenal?¹⁴.

Por lo demás el astrolabio le marca que “desciende el cielo” a medida que marcha hacia el Sur. Con lo cual nuestro buen Almirante concluye, “que el mundo no era redondo sino *en forma de pera con el pezón hacia el Sur*”. Algo mucho más inquietante y excitante todavía (el mundo como pecho de mujer) y sobretodo otro indicio muy fuerte de estar acercándose al Paraíso, situado, “en lo más alto del mundo adonde no puede llegar nadie *sino por voluntad divina*”. Es decir él, el elegido por Dios para eso; él, *Colón*, la “paloma” (*columba*) de la que se hablaba en la Escritura por boca de Isaías!

Allí nomás torció el rumbo –¡para no llegar al Edén sin invitación!–; gira al noroeste y arriba, el 31 de julio de 1496, a la isla de *Trinidad*. Frente mismo a la idílica costa venezolana, primera tierra sudamericana expuesta a ojos europeos¹⁵.

Allí, de cara a la imponente desembocadura del Orinoco (26.000 km. cuadrados de delta), le anuncia a su tripulación que han llegado al “Fin del Oriente”, al “otro Mundo” donde estaba el Edén; que su Almirante era “el enviado especial de la Divina Providencia”, ante quien el Arcángel custodio rendiría su espada flamígera y que ese río que tenían a la vista era uno de los cuatro que regaban el *Jardín* primordial¹⁶.

No obstante, no se atrevió a desembarcar. Recorrió las costas entre el Orinoco y el Golfo de Paria; describió ese “cielo de záfiro”, como “el más bello visto jamás”; detuvo la vista en sus aguas (“un filero de corrientes que venían rugiendo con estrépito grande... lomas líquidas que salían y entraban como en pelea del agua dulce con la salada”), pero no desembarcó. A la “prohibición originaria” de pisar con pies mortales el Edén, se le agregaba el temor fundado por los “ayudantes” locales de los ángeles custodios, no demasiado amables desde el primer viaje. Pondrá proa a la *Española* y no volverá a pisar Sudamérica. Tampoco allí accederá al Edén: lo esperaban los grillos del inquisidor Bovadilla y un doloroso regreso a España.

Otros regresarán tras sus pasos y por las perlas. Porque a pesar del respeto y el temor, nuestro buen Almirante era –como el que más– hijo de la furia, la ambición y el coraje. En rápidos desembarcos edénicos pudo recoger oro y perlas en abundancia y éstas –además de las cadenas– lo acompañaron en aquella triste vuelta a San Lúcar de Barrameda. Fue todo un acontecimiento.

De aquí en más, este presentido Sur del sur, recibió su primer bautismo exógeno: “*Costa de las perlas*” y la avalancha no tardó demasiado. Junto a *El Dorado* y al *Rey Blanco* constituirían un atractivo demasiado poderoso. Ni la prohibición

divina podrá detener más a esos muy humanos pies. Mucho menos después de descubrir que sus habitantes naturales, en realidad eran *intrusos no bautizados*.

Algo así como aquellos musulmanes que habían osado ocuparles su tierra. Ya aprenderían también esos indios que con la furia no se juega, como los moros después de siete siglos. Como sintetizaba Bernal Díaz del Castillo –compañero de Cortés– se viaja “*por servir a Dios y a Su Majestad y también por haber riquezas*”. Todo junto y por el mismo precio; realmente una oportunidad irrechazable.

Notas

¹ En el campo más específicamente teórico, venimos distinguiendo (1973) entre un universal abstracto y un *universal situado* y planteando, en consecuencia, la necesidad de una *lectura culturalmente situada* en filosofía y ciencias sociales. La aplicación de esta metodología dio por resultados –entre otros– nuestros trabajos: *Crisis de Europa y reconstrucción del hombre. Un estudio sobre M. Heidegger* (1977); *Tecnología y Pobreza* (1988) y *América en el pensamiento de Hegel* (1992).

² “Esta misma búsqueda derrideana (*de-constructiva*, en búsqueda de *huellas*) está igualmente Presente en lo que P.Ricoeur y M.Foucault llamaron la “escuela de la sospecha” (Nietzsche, Freud, Marx, Kierkegaard). Desde ya en Heidegger y, en esa misma dirección, las obras de Félix Duque *El mundo por dentro* (Serbal, Barcelona, 1995) y *El sitio de la historia* (Akal, Madrid, 1995), constituyen un magnífico aporte interpretativo.

³ Nos estamos refiriendo al Heidegger de *Unterwegs zur Sprache*, a los *Arquetipos e inconciente colectivo* de C.G. Jung. La propuesta de Rodolfo Kusch corresponde a su obra *El pensamiento indígena y popular en América* (Cajica, México, 1970) y la de M. Reyes Mate está en *La razón de los vencidos* (Anthropos, Madrid, 1991).

⁴ Con el descubrimiento de América, Europa no se limita a “ampliar” el mundo ya conocido, sino que éste queda *redefinido* de raíz. En realidad lo que se descubre es *el mundo como una totalidad*, lo que verdaderamente comienza es la posibilidad de una *historia universal*, esta *era global* desde cuya *consumación* ahora “leemos” aquellos comienzos. Este descubrimiento “singulariza” a Europa, al mismo tiempo que “totaliza” a América. Por eso a Europa la moviliza tanto, hiere tanto su propio narcisismo, que la obliga –como acto defensivo y reparador– a redoblar su racionalismo, su *logocentrismo* (reducción de lo Otro a lo Mismo). Desde ahora “sabe” que es parte de un Todo y el desafío de un pensamiento auténticamente *planetario*, empieza a ser una asignatura (todavía) pendiente. Otro tanto –aunque con diferentes matices– le ocurrirá a la flamante “América”.

⁵ Contaba con 120.000 habitantes al momento de la conquista de América, mientras Madrid rondaba los 60.000 y Lisboa los 100.000.

⁶ En este mecanismo de “reconquistar”, pasada la sorpresa inicial que los deja como inertes, de ser capaces de asimilar una derrota total y transformarla –al cabo de siglos– en independencia, bien se asemejan a nosotros los americanos. Nuestro Ayacucho tardó cuatrocientos años, su Granada setescientos. Después, ninguno de los dos, pudo seguir siendo lo mismo.

⁷ Oh *huella* española por excelencia, que tan bien supieron ver –por ejemplo– don Miguel de Unamuno y Antonio Machado! Sublime “malentendido” que, de allí en más, signará para siempre la historia de España. Monárquica, republicana, falangista, socialista o comunista, España es *católica* aunque no vaya a misa. En el siglo XV quemaba herejes y

en el XX monjas: a no confundirse, en ambos fuegos ardía su fe y se expresaba su siempre complejísima identidad cultural y política. Y ese "catolicismo" a veces se superpone y otras no con la confesión homónima: definición a la vez *religiosa* y *política*, algunas veces coincidirá con Roma y otras no. Cuando esto no ocurra, la Corona sabe siempre lo que está primero. Y tan católica como antes! El "caso americano" es una prueba palpable de este original malentendido y una huella indeleble de nuestra propia religiosidad.

⁸ Como se advertirá nada de improvisación, ni mucho menos de tripulación compuesta por presos o castigados. Todo lo contrario, por las constancias documentales que existen, sólo cuatro era "forzados", a quienes se prometió la libertad al llegar "a las Indias".

⁹ Utilizamos aquí la expresión "ambición" en el sentido de *pathos*, o *temple de ánimo*, de ese hombre histórico. Como tal, baña y precisa su peculiar voluntad de poder. No se trata, en consecuencia, de un uso meramente psicológico (aunque también estructure su psique individual); ni, por cierto, utilizamos tampoco el término con el matiz "condenatorio" de ciertos discursos moralizantes. Buscamos describir, antes que juzgar; lo cual no inhibe, sino que más bien posibilita, una *mirada ética* sobre éste y otros problemas que son traídos a consideración en este texto.

¹⁰ Se creyó tanto en la existencia del tal *Preste Juan* (supuesto sacerdote cristiano que vivía en Asia y buscaba la unión con sus pares del Este para combatir el Islam), que el propio Papa Alejandro III le dirigió una bula de saludo y aceptación de tal convenio (1177). No lo encontraron, pero la esperanza no decaía. Igualmente con el caudillo victorioso de los mongoles, que se había apoderado del norte de China (1211), de la India (1221) y que en el 1241 ya estaba en el Mar Negro peleando contra polacos, húngaros y alemanes. Allá van otros a buscarlo, también sin éxito, pero los relatos de tales tierras aumentan las fantasías europeas. Escritos, por lo demás, a su medida.

¹¹ En sus cartas cita fragmentos de Séneca, Estrabón y Plinio el Viejo. De su biblioteca se conserva una *Historia rerum ubique gestarum* de Lucio E. Piccolomini (Pío II), anotada de puño y letra. Cuenta su hijo Fernando, como apabulló al rey portugués Juan II en su audiencia de 1484: allí muestra el Libro II de *Cielo y Mundo* de Aristóteles; los *Naturales* de Séneca; el Libro I de la *Cosmografía* de Estrabón y el Capítulo 48 *De las cosas memorables de este mundo* de Solimano. Apoyado en todo lo cual calculaba en 40 días la navegación entre las islas Gorgonas (Canarias) y las Hespérides (en las cuales ubicaba a la soñada Cipango). Igual no le servió de mucho ante el desconfiado portugués por su falta de concreta experiencia marinera, entre otras cosas.

¹² A veces tener noción de la *cantidad*, ayuda a mejorar la comprensión de la calidad de una empresa. Repárense en estas cifras: con sus 86,5 millones de kilómetros cuadrados, el Océano Atlántico es 34 veces más grande que el Mediterráneo (el cual, a su vez, es el mayor mar europeo). Y el Pacífico, con sus 166,2 millones de kilómetros cuadrados, es 66 veces mayor que el Mediterráneo. Juntos suman casi el 70% de la superficie marítima del planeta, con profundidades que duplican a las del Mediterráneo.

Este era el espejo de agua que les esperaba a los europeos ni bien superasen su “mare nostrum”, bello y sereno.

¹³ En algunas cartas portuguesas se la dibujaba como la isla *Mano del Diablo* (o “San Satanasio”). Esto por aquella vieja creencia que ubicaba la puerta de entrada al Infierno en el Océano; de allí saldría la mano de Lucifer para atrapar a los marinos imprudentes que molestaban su morada.

¹⁴ Recuérdese que ya Ptolomeo –conservado y traducido por los árabes y retraducido al latín en el siglo XIII– hablaba de “cuatro estrellas de la vía del Polo” que alumbraron los orígenes de la humanidad.

¹⁵ De paso también justificaba ante los reyes el cambio de rumbo. De haber persistido en el primero, habría tocado Sudamérica a la altura de Río de Janeiro; pero la calma equinoccial, el intenso calor (“amenazando prender fuego a las naves”) y sobre todo la falla de “bastimentos”, no lo permitieron. Se quedó nomás en el Purgatorio, en las puertas mismas del Paraíso. Desde allí caminarían sus sucesores.

¹⁶ Era tan fuerte esta idea, que todavía en 1656 –dos siglos después– el abogado Antonio León de Pinelo escribió dos tomos (*El Paraíso en el Nuevo Mundo*, Madrid) para demostrar que el Edén estaba aquí. Trazaba en él un mapa, en cuyo centro está el Jardín, regado por los ríos Amazonas, del Plata, Orinoco y Magdalena. Y como para que no quedaran dudas: señalaba el punto exacto de partida del Arca de Noé, amén de erigir a la banana (plátano) en la jerarquía del “fruto prohibido”. A esa altura, es cierto, ya resultaba un Jardín demasiado pisoteado: de los 80 millones de habitantes originales del Edén, apenas si quedaban algo más de tres. Los edénicos mexicanos, por caso, sólo volvieron a recobrar su caudal poblacional en 1960.